



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

ANGEL G. LUGEA
Letanía de amor.

PEDRO DE RÉPIDE
Petición de mano.

MISTINGUETT
Resolución suprema
y obligatoria.

JOSÉ AGUIRRE
Don Rodrigo era holgazán.

RODOLFO GUILLAMÓN
Soneto.

ENRIQUE BOHORQUES
Los malditos celos.

EZEQUIEL ENDÉRIZ
Elogio de las pantorrillas.

J. PÉREZ RAMÍREZ
Aberración sentimental.

TOVAR Y DEMETRIO
Varios dibujos y retrato de
Celia Belamor.

CELIA BELAMOR

Cancionista española, muy linda.



5 céntimos

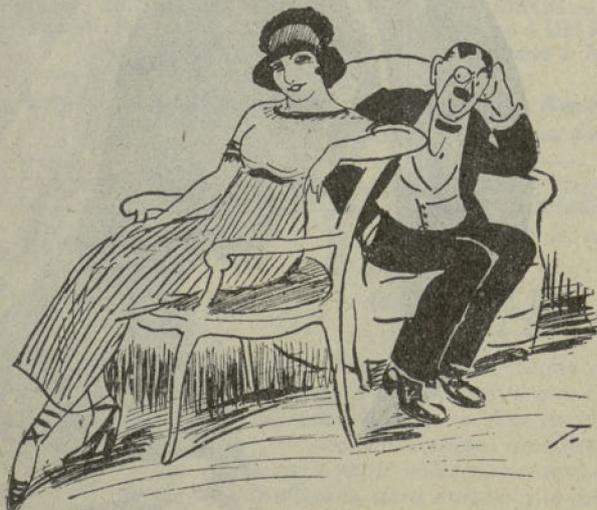


Qué sano es el invierno! Vamos por esas calles envueltos en ropa como si fuésemos fardos movibles, arrebujados en pieles cual osos siberianos; estornudando, tosiendo, espectorando; con las puntas de los dedos, la punta de la nariz y todas las demás puntas hechas un carámbano; aterrándonos con la lectura despe-luznantes telegramas que hablan de enormes nevadas y terribles temporales, y mientras nos escarchamos dando diente con diente, no cesa de atormentar nuestros oídos la frasecita: ¡Qué sano es el invierno!

Cada vez que lo oigo se me crispan los nervios, como si leyese unos versos de Cavestany ó una carta política de Maura, porque precordones! ¿Me quieren ustedes decir dónde está la sanidad del odioso in-

vierno? Porque no hay más que leer las estadísticas demográficas, para conven-erse de que en el sano invierno se cua-druplica, con relación al resto de las esta-ciones, el tributo que la Humanidad paga á la muerte. Lo único plausible de este tiempo es, que como el frío retiene á la gente en las casas todo lo que puede, y de las viviendas el sitio más confortable es la cama, en ella nos zambullimos entonando un himno al inventor de tan preciado mueble, y cuando tenemos que abando-narla para salir á la cochina calle, cada vez que pasamos á la vera de una señora con demostraciones delatorias de que es un buen calorifero, sin poder contenernos, le decimos lanzándole miradas incendiarias: ¡A la cama! ¡A la cama!

Porque, no hay duda ninguna de que para esta época del año, se inventó el lecho. En ve-rano no hace falta; mejor dicho, casi estorba. La blanda y fresca yerba, el oloroso monte, la rumoro-sa ribera del río, la muelle arena de la playa, son otros tantos lugares apa-cibles que sustituyen, con ventaja, al colchón de lana, que conserva su color molesto y antipático. Pe-ro, en cambio, en el in-vierno, ¿qué placer es com-parable al de una mullida cama y más si esta cama está pegadita al balcón de un piso entresuelo, y den-tro de ella hay un calorifero de los que antes hacía referencia y cabe al calo-rifero, una mesita de no-che y, sobre ella, una te-tera rusa en ebullición, una botella de añejo co-ñac y un puñado de aro-máticas panetelas?



El. — ¡Cada vez estoy más arrepentido de haberte sacado del lodo!
Ella. — ¡Ja, ja! ¡Y que debía estar muy sucia, porque desde enton-ces no pasa día que no me hagas la... toilette!...

¿Que por qué el caprichito de que el lecho esté pegado al balcón y éste que sea de un piso poco alto? Pues por el placer sibarítico de estar viendo cómo el prójimo atraviesa la acera de en frente pisando hielo ó aguantando nieve sobre su cuerpo, mientras yo me agarro dulcemente á la tetera en ebullición. ¿Te teras, digo, te enteras, lector amigo? ¿Te parece bien la combina, lectora admirada?

Para estos casos, precisamente, es para los únicos que podia tener adecuada tolerancia el piano callejero recientemente suprimido por obra y gracia del ya ex concejal Rosón. Eso de que mientras se dedica al placer del coñac, le coloquen á uno el «Alirón» ó la sinfonia del «Guillermo Tell», es el refinamiento de la voluptuosidad bien entendida.

Por cierto que, con motivo de la supresión de los organillos en la via pública, se ha armado una espantosa marimorena, y perdonen ustedes que también meta mi cuarto á espadas en ella, aun á riesgo de que, cuando lean estas, líneas, les resulte el asunto un tanto fiambre, pero como hemos quedado en que hace un frío congelador, es la cosa más natural del mundo que el *vermouth* esté algo grapado.

Carlos Miranda, Antonio Palomero, Carlos Luis de Cuenca, Torres del Alamo y otros festivos vates han dedicado á la cuestión sendas composiciones jocosas y yo, que conozco al ex edil Rosón como si lo hubiese llevado en mi propio seno, les aseguro á ustedes que el hombre está anonadado ante el peso de tantas y tan preclaras alusiones.

Me consta que no es enemigo de que le toquen el manubrio, sino que, por el contrario, es un ferviente partidario del cilindro, sobre todo, si está bien instrumentado. Tampoco odia cordialmente al organillero, como malas lenguas han supuesto. El pianista mecánico es para él un ser respetable, con y sin pantalones de odalisca y pañuelo de seda al cuello, y seguramente estos distinguidos señores, le agradecerán la supresión, porque ahora podrán dedicar sus actividades á otras manifesta-

ciones de la vida menos penosas que pasarse el día tirando de un carrito filarmónico.

De lo que si protesta, es de que se le



El criado.—¡Socorro, que se desmaya la señorita! ¡Socorro!
Ella.—¡No des esas voces, imbécil, que esto se puede arreglar por las buenas!

quiera presentar como un ogro que quiere amargar la existencia á las constantes parroquianas de los organilleros, cuando precisamente se quedaria sin cabeza por dar gusto á todas ellas.

Sé que á estas fechas lleva recibidas una enormidad de quejas, redactadas por femeninas plumas llenándole de improprios, y acusándole de ser el hombre de co,



—Querido lector: estoy agradecidísima á ti por haber comprado mi Almanaque; te autorizo para que me beses donde quieras.

razón más duro que se conoce, y cuando tales lamentaciones procedentes de un sexo tan delicioso, se lanzan sobre un miembro del otro sexo, es para ablandárselo por muy duro que lo tenga.

Yo cuento con la autorización del interesado para hacer público desde estas inocentes columnas de LA HOJA DE PARRA, que su intención no fué perjudicarlas en lo más mínimo y que en demostración de ello se halla dispuesto á indemnizarlas tocándoles todo lo que quieran, desde el chobis candencioso hasta el paso doble turbulento y agitado. La cuestión es complacerlas.

Lo cierto es que nuestro municipio al

mismo tiempo que suprime los organillos ha aumentando el impuesto sobre la ternera, y los carniceros en justa reciprocidad, amenazan con subírnosla más de lo que la tenemos á pesar de lo bajo de la temperatura.

Y claro, los aficionados á las carnes blancas, estamos con el alma en un hilo, temiendo que llegue el momento que nos priven del placer de entregarnos á ellas, como plato predilecto. Nos descascarillan si con estos frios elevan el precio de la cadera y de la pierna.

Hay que ponerse en el caso de los protestantes de la supresión de los pianos callejeros, los cuales tienen razón que les sobra para indignarse contra el Ayuntamiento.

Precisamente la supresión misma del organillo en la vía pública debía ser motivo racional para que no sufra alteración el precio de la carne, sea de la clase que



El.—¡Que vuelvas pronto, rica; mira que desde que nos hemos casado es la primera vez que te vas sola...

Ella.—Pero me vendré acompañada, no te preocupes.

quiera, desde la de babilla, hasta la de contratapa.

Porque es lo que preguntarán las perjudicadas: ¿Si nos han dejado sin manubrios, que falta les hace subirnos la falda?

Un pequeño REPORTER

Letanía de amor

I

Quiero enroscar una hebra
de misticismo á tu vida;
mujer de luz ó culebra
dormida...

II

Por el milagro tranquilo
del lago de tu mirada,
que es cortante como un filo
de espada.

III

Por los cisnes de tus senos,
que saben de brujería,
como dos cálices llenos
de herejía...

IV

Por la serpiente calina
de tu cintura dantesca;
por tu boca húmeda, divina
y fresca.

V

Por la aureola de penas
que nimba tu frente muda;
por tu estatua de azucenas
desnuda.

VI

Por el profundo desvelo
de tus ojeras moradas;
—arco iris en un cielo
de hadas.

VII

Por la magia de ese raro
reir-llorando, que es una
letanía bajo un claro
de luna.

VIII

Por el perfume de gesta
de tu carne prodigiosa,
como incienso de una fiesta
gloriosa.

IX

Por el oro cortesano
de tus cabellos de reina;
por el marfil de la mano
que los peina.



—Oye, mamá, tú eres al revés que las vacas.
—¿Porqué dices eso, cielo?
—Porque las vacas tienen todo eso cerca del rabo.

X

¡Oh alma mía, que te enhebra
á la tuya, irredimida;
mujer de luz ó culebra
dormida!...

Ángel G. LUGEA

Petición de mano

Juanito Angulo era un pollito atildado, elegante, correctísimo, que antes hubiera consentido en dejarse caer desde un aeroplano á toda velocidad, que en llevar unas arrugas en el pantalón, ó la más ligera desviación en la línea que él hubiese trazado á la corbata.

No habia tenido más estudios, ni más carreras, ni más aspiraciones, que el afán de ir siempre vestido sin tacha, y el de hacer una buena boda. Todo lo demás, en el mundo, le inspiraba el mismo desdén que á nuestro querido amigo el formidable doctor Bombarda, suelen inspirarle los microcéfalos.

Juanito Angulo no perdonaba ocasión de exhibirse. En la Castellana, en los teatros, en los toros, en todas partes se le hallaba tras, en fin, la tarasca de todas las funciones, y el majadero de una circulación de toda la capital y sus alrededores.

Y como nunca falta un roto para un descosido, Juanito encontró, por fin, la proporción que deseaba. Una chica cuya familia poseía un envidiable capital y una gran admiración por el guardarropa de Juanito y su linda figura.

El elegante pollo dedicaba todos los dias un espacio de tiempo á calcular las dife-

rentes inversiones que haría del dinero de su futura mujer, tan pronto como pasase á sus manos pecadoras. Y era ya tan feliz, como si lo poseyese efectivamente.

Pero he aquí que la felicidad de las cosas terrenas es poco durable, y la suerte, á veces, tiene buen tino para castigar como es debido á los tontos de la cabeza. ¡Quién habia de decir al apuesto joven que su fortuna estaba pendiente de un menu-do y ridiculo detalle!

Habia llegado un día solemnisimo. El de la visita á los padres de la novia para verificar la ceremonia de la petición de mano. Juanito (no hace falta jurarlo) habia llevado aquel día á la perfección, el arte del arreglo de su persona. Por muy exigente que fuese el encargado de juzgarla, no hubiese encontrado reparo que poner á aquella labor tan completa como perfecta.

Hizo una entrada triunfal en el salón de casa de su novia donde le esperaba la familia en pleno. Aposentóse en un sillón al lado del sofá donde se hallaba el padre, y frontero á otro sillón donde la madre estaba. Los dos hermanos y las tres hermanas de la futura esposa, se hallaban también en diferentes asientos situados frente á él.

Y antes de formular la petición tan de-

LO QUE PIENSAN ELLAS



- Dice Arturito que tengo una boquita de ángel y no se atreve á besarme ¡qué imbécil...

seada, comenzó un discurso cantando las excelencias de la familia en cuyo seno aspiraba á entrar en breve plazo. ¡El suegro, no era un suegro! Sería el hermano más cariñoso de su yerno. ¡La suegra! Tenía que ser no había más que verla! una madre cariñosísima para su nuevo hijo. Pues, ¿y los hermanos? ¿Dónde hallar más cordiales camaradas?...

No pudo proseguir en sus elogios. Todos los colores del iris pasaron por su faz. Acababa de ver, y en la cara de los circunstantes se notaba que lo habían advertido también, algo trágico y espantoso. Bajo su pretina asomaba sobre la tapicería del sillón, una punta de lienzo blanco.

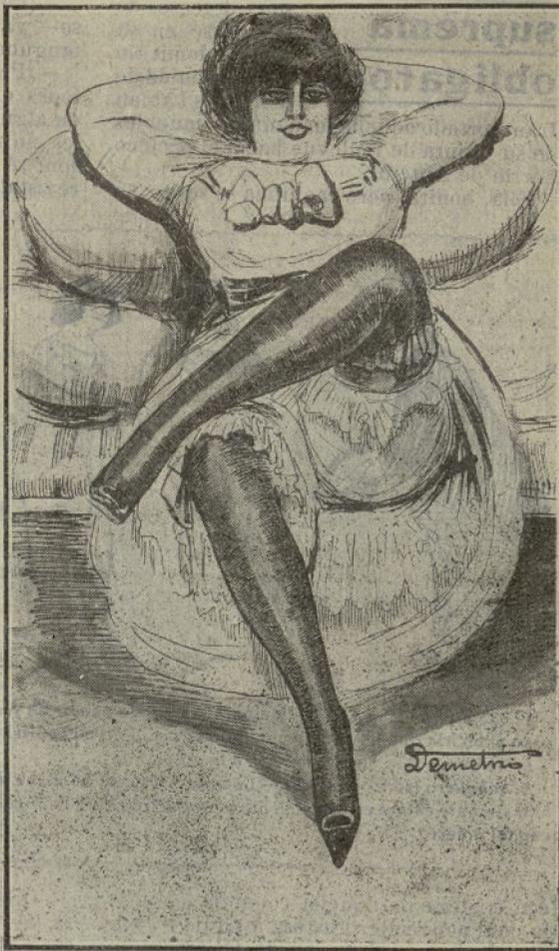
Balbuente ya, intentó proseguir su discurso, mientras tapándose con la chistera, hacía prodigios de habilidad para ir metiendo, con el necesario disimulo, aquella tela impertinente, en el lugar de donde no debió salir. Al cabo, cuando creyó que ya no había rastro de aquéllo, apresuróse todo azorado á levantarse y partir, dejando, por su puesto, para mejor ocasión, el momento de pedir la mano de la muchacha.

Algunas risas ahogadas de los circunstantes, mezcláronse entre los saludos de despedida. Risas que estallaron francas cuando Juanito, saltando de cuatro en cuatro los escalones, se plantó en la calle en busca de un simón.

Y una vez en su casa, cuando comenzó á desnudarse, su asombro fué tremendo cuando vió que no era lo que él se figuraba, si no un pañuelo de su presunta novia, lo que él se había guardado tan de prisa en un lugar que no suele ser el destinado para guardar pañuelos de señoritas.

La muchacha había estado en el sillón que luego ocupó Juanito, y había olvidado sobre el asiento su pañuelito de blanca y finísima batista, que el desventurado no-

COSAS DE LA SEÑORITA A. G.



—¡Ya lo creo que han variado mucho los hombres! Antes costaba un triunfo conseguir de ellos ciertas cosas porque eran orgullosos. Ahora, le guña usted los ojos á un caballero, y ya le tiene usted de rodillas... sumiso... como un perro...

vio había confundido tan lastimosamente. Tan lastimosamente, que aquella grotesca ofuscación le costó la pérdida de una dote como le será difícil encontrar otra, aunque use cuando vaya de visita los pantalones con trampilla como los currutacos.

Pedro de RÉPIDE

Resolución suprema y obligatoria

Los esposos de Chateau-Monsseux desearon de instalarse en su nuevo domicilio de la Avenida de Mercedes habían transportado aquella mañana los muebles de su quinta de Bellevue hacia el pacífico barrio de Anteuil.

Ella, bonita, pero raquíca se separaba



El caballero.—Una vez pedida para mi hijo la mano de Aurorita, paso á decirle que he cedido á mi hijo la mitad de mi capital.

La señora.—¿Y... cuánto vendrá á tener su hijo?...

El caballero (sonrojándose).—¡Lo mismo que yo! Sólo que lo de mi hijo siempre estará en movimiento y producirá... lo mío queda como capital muerto.

con tristeza de aquella coqueta morada, la cual por recibir gustosa las dulces caricias de las próximas aguas del tranquilo Sena y por estar muy cerca de la villa en donde madame Steinhel recibía á sus admiradores en sus días de apogeo amoroso le hacia recordar los dulces y gratos momentos pasados con su fiel esposo en sus horas de amor y de deseo.

...Los mozos encargados de la mudanza habían bajado todos los muebles del carro y se disponían á subirles cuando la *concièrge*, lease portera, con más carnes que Pepa, la *Frescachona*, salió á la calle y dirigiéndose á los dos esposos que resignados vigilaban el traslado le dijo:

—¿Queda bien entendido que ustedes no tienen hijos ¿verdad? y que, por lo tan-

to, no me lo alojaran ustedes crios en su nuevo domicilio?

—¡Pero, señora! —interrumpió el esposo— ya le dije á usted que no tenemos ninguno y que...

—¿Pero á mi quién me asegura que ustedes dicen la verdad y que escondidos en alguno de estos muebles ó en los baúles no me introducen ustedes algún llorón? ¡A ver, á ver déjenme ustedes pasar revista!...

Y antes de que los nuevos inquilinos tuviesen tiempo de protestar la matrona portera se abrogó el derecho de abrir y cerrar baúles, armarios y cajas para ver si en realidad no había ningún crío.

Cuando hubo terminado su tarea le dijo:

—Pueden ustedes subir el mobiliario.

Y penosos y sumisos y sudando la gota los *demenageurs*, fueron subiendo armario, tras cama, y colchón tras baúl y etc., etc., hasta dar fin con todo.

Una vez terminada la faena la portera llamó nuevamente á los esposos y le dijo con voz autoritaria:

—¿Están ustedes seguros de no tener nunca ningún hijo, porque la verdad el reglamento es riguroso y sentiría mucho que dentro de nueve ó diez meses tuviese que echarles á ustedes á la calle?

—¡Seguros, seguros! no —dijo la señora de Chateau-Mousseaux, ruborizándose—. Pues los queremos bastante y no sería imposible de que algún día...

—¡Claro! —interrumpió el esposo— puede que sin pensar...

No tuvieron tiempo de terminar, porque la portera exclamó iracunda:

—Pues, amigos míos, es preciso arreglar esto, sino voy á verme forzosamente obligada á cerrarles las puertas de la casa, cuya custodia me han confiado.

El esposo miró á la esposa; ella lo comprendió y dando media vuelta cogieron un auto-taxi y dieron la orden al *chauffeur* de llevarlos al Instituto Pasteur para que los esterilizasen.

MISTINGUETT

París, Enero de 1914.

Biblioteca Regional de Madrid

Don Rodrigo era holgazán ⁽¹⁾

Cuando los godos no trabajaba nadie. Don Rodrigo, último rey, se hallaba en completo estado de putrefacción entragado á sus devaneos sicalpticos con Florinda (la Cava), hija del conde Julián. (Así, á secas, pues á un tipo tan nauseabundo no se le pone con .. Don).

La tal Florinda era una lagartona y más que una querida fué para don Rodrigo una sanguijuela, tanto por lo mucho que se la aplicaba él, como por lo mucho que le chupaba ella. Con su desmedido afán de dominar al monarca, consiguió ser dueña de él en esencia y potencia y, mucho más que la esencia, —pues no era aficionada á perfumes —preocupábala la potencia. Semejante sanguijuela erótica, le sacaba hasta la respiración y el pobre rey ya no era tal rey, era una especie de maniquí con corona que, completamente extenuado, no podía ya ni levantar el cetro.

El reino se resentía profundamente con la conducta del rey. Nadie trabajaba; los pecheros no se ocupaban más que de las pecheras; los nobles descuidaban su hacienda arrojándose crapulosos en los turgentes brizos de las mancebas y ¡claro! cuando querían poner remedio á la situación, ya no podían enderezar sus negocios. El ambiente estaba contaminado por los vicios.

Por un lado el horizonte apareció rojo —visión anticipada de la sangre que se iba á derramar— por otro era verde; al rey le ponían de oro y azul. En fin, y para terminar, aquello era un arco iris en el que predominaba el tono violado, y ¡vergüenza nos causa confesarlo! una de las más violadas era Florinda.

Florinda engañaba á su amante con el dependiente de una casquería, y cuando el rey se enteró, no tuvo más remedio que hacerla descender mucho en su estimación.

Se terminaba el reinado de Florinda que dejaba de ser la Cava Alta, ¡sólo se la podía considerar como la Cava Baja!

A consecuencia de esto el rey tuvo una escena borrascosísima con su pseudo-suegro, en la que éste impúdico y procaz acusóle de haber deshonorado á su hija. Respondióle el rey (era un filósofo) que no veía semejante deshonra, pues honra y muy grande debe ser para todo fiel vasa-



—¡Dicen que el perro es el mejor amigo del hombre! Yo lo que sé es que á mi marido le ladran todos y á mí no ha entrado uno en esta casa que no me haya lerido la mano.

(1) De la obra próxima á publicarse *El libro de los vagos*.

sallo, el que su hija alcance la categoría de manceba del rey.

Hay quien dice que el conde ofendióse un tanto al escuchar aquel razonamiento;



— Soy la esposa del Invierno, mi carne es fría como la de un reptil; lector, ¿quieres que te haga un sorbete?

pero los buenos historiadores estamos conformes en creer que el conde era un fresco, conocedor y consentidor de los lazos que unían á su hija con el monarca y se lucraba con ellos, encontrándose muy á

gusto en el machito. Florinda, hembra a fin, también estaba muy contenta con su machito.

Nosotros creemos que Julián estaba muy conforme con no tener que mantener á la chica, á la cual el rey tenía puesto un cuarto muy coquetón en la Carrera de San Jerónimo, y furiosa al ver que la daban la absoluta y la dejaban el cuarto desalquilado, llevándose encima la llave, avisó á los moros que vinieron á España mandados por Tarif, una vez que don Rodrigo y la Cava hubieron tarif... ado.

Dióse entonces la batalla del Guadalete, epopéyico entierro de la Independencia española, asesinada alevosamente por un monarca sicalíptico, un conde berebere y canibal y una demi-*vierge* pervertida é histérica.

Don Rodrigo, al encontrarse de un golpe sin reino y sin Florinda, empezó á aburrirse como una ostra y no le quedó otro remedio que retirarse al ostracismo.

De la Cava y de su señor padre poco sabemos.

Hay quien dice que el conde acabó sus días trabajando en Novedades, como traidor de melodrama, y la Cava existe dudas si murió de ribeteadora de chalecos en la calle de la Encamienda ó como pupila en una casa de la calle del Gato.

Ya lo dice el refrán: «Quien mal anda mal la Cava».

José AGUIRRE

SONETO

¡Qué hermosa estaba! Sobre el blanco le-
su cuerpo escultural se destaba... [cho
; Díjérase que un mármol palpitaba,
lleno de vida y por las Gracias hecho!

Una luz rosa, al descender del techo,
su nivea desnudez iluminaba
y vi que suave, al respirar, se hinchaba,
la curva airosa del redondo pecho...

Un rato largo me extasié mirando
y ella dormida, al parecer soñando,
«No viene», dijo, y suspiró con pena...

De ardientes besos la cubrió mi boca;
al fin rindióse, por el goce loca,
y... al poco tiempo bauticé una nena.

Rodolfo GUILLAMÓN

Los malditos celos

José Antón había ganado aquella tarde varios centenares de pesetas al monte y cenó muy bien, tomó café, encendió un gran cigarro y salió a la calle echando más humo que las chimeneas del Pelayo. ¿A quién podía envidiar? Sentíase en aquel momento, marqués, banquero ó príncipe ruso. Pasó por su cabeza la idea de tomar un coche, pero se arrepintió de hacerlo por parecerle ridículo no ir en coche propio; se hubiera roto el encanto al tener que pagar al cochero.

Y siguió marcialmente por la calle. ¿Iria otra vez á la casa de juego? Aquel día estaba de suerte... Sin darse cuenta tocó sus bolsillos y el alegre sonido de la plata dejóse oír algo apagado por el paño que la cubría.

El portero de la casa de juego le saludó con una sonrisita de conejo, ¡lo que hace un duro de propina!

—¿A probar esta noche?

—A probar.

—¡Cháigala suerte.

—Gracias.

Pepe Antón subió la escalera tranquilo, como el que no tiene prisa de ser rico.

La ruleta estaba animadísima, pero no se detuvo allí por encontrarse jugando un tuerto que le daba la mala sombra... Probaría al monte, sí al monte. ¡Oh, era su delicia el monte! El verde tapete lo rodeaban puntos de todas clases, que se halla-

UNA NENA A LA MODERNA



El tío.—No es ninguna monstruosidad que te proponga el casamiento; ya sabes que tengo mucho dinero, yo necesito que me cuiden, quiero que mi fortuna pase á tu poder...

La sobrina.—Perfectamente; pero prefiero á tu hijo mayor, mi primo Gustavo, que quita el apetito de guapo que es.

El tío.—¡Pero si es pobre, si no tiene una gordal!

La sobrina.—¡Me consta que la tienen!

ban suspensos ante las jugadas. Y Pepe se admiró de ver tanto punto suspensivo. Fijó su atención en el juego y al ver caer

un caballo le dió un latido el corazón. Pero, no, esperaría la sortá. Cayó una y se la tiró de salto. Bien iba la cosa. Siguió con las sotas y éstas le volvieron la espalda. No salía una ni para un remedio. ¡Malas... sotas! Pepe Antón perdió mucho y no le quedaban más que unas tristes pesetas. Tuvo un arranque de jugador valiente: sacó de su bolsillo cuanto dinero tenía y lo puso al as de oros... Entonces vino un rey, fallándole el as.

Ya no tenía dinero. Dió la vuelta á la mesa á ver si encontraba

LOS EXTREMOS SE DEBEN TOCAR



La gorda.—¿A que no adivina por qué me casaría con usted?

El.—¡Av no sé doña Juanita!

Ella.—Porque como es usted una anguila, se adaptará á las ondulaciones del terreno.

algún amigo á quién *sablear*... ¡Nadie!

En tan crítica situación se hallaba, cuando una voz fuerte, como la de un Hércules, resonó en la estancia:

—¡La policia!

Y estas dos palabras produjeron un revuelo espantoso.

Las luces se apagaron, sonaron las fichas que caían, los jugadores se apelonaron cerca de las puertas.

Pepe Antón se hallaba al lado de una ventana que daba á una calle muy estrecha y de poca circulación. Iba á descogarse por allí, cuando otro *punto* quiso ganarle la vez. Se cogieron á brazo partido

y Antón que era más fuerte le venció, arrancándole al mismo tiempo de las manos unos papeles. Se descogió y tuvo la suerte de no ser visto, pero por si acaso, huyó calle abajo hasta que cansado se detuvo bajo un farol, examinando aquellos papeles cogidos al azar.

¡Eran varios billetes de cien pesetas! ¡Oh, felicidad!

Tenia que ocultarse pronto, no andar por los sitios céntricos de la población; y se internó en un barrio sombrío, amparador de misteriosos amores. Al atravesar un callejón oyó una voz conocida.

--¡Pepe!

--¡Hola, Concha!

--¿Subes?

Pepe vió en esta invitación cómo se le abrían las puertas de la Gloria. ¿Dónde pasar mejor la noche? ¿Dónde encontrar mejor acobijo?

Concha era una mujer bonita y agradable.

--Este es mi nido.

--Bien está.

Pepe Antón, sentado sobre la cama, recordaba los mil incidentes, la noche de emociones recibidas, sin fijarse en los encantos que con sabia discreción iba dejando ver su amiga. Los senos de Concha eran muy bonitos, algo separados, por ser ancha de pecho pero duros y erectos, como si fuesen colocados por un Fidias; sus amplias caderas tenían todas las curvas de una estatua.

--Pareces tonto, chaval, ¿que te pasa esta noche?

--Nada --y dió un beso á Concha--. ¿Qué es eso?

--La cicatriz de una herida.

--¿Quién te la hizo?

--Mi socio.

--¡Gachó, qué bruto! ¿Por qué?

--Me prohibió que recibiese ninguna visita después de la una y como cierta noche no le hice caso... ¡zás!

--¡Caracoles! ¿Qué hora es?

--No temas; esta noche no vendrá.

--¡Oh!...

--Desde la ventana de mi alcoba he visto al jardinero detrás de un árbol. ¡Qué chico tan guapo! ¡Qué lástima que mi futuro esposo no se parezca en nada al jardinero!...



No había transcurrido una hora desde el principio del idilio, cuando se oyó un golpe seco, dado con rabia en el portón.

Concha, que se había estremecido varias veces, volvió á estremecerse, aunque en otro sentido.

—¡Mi novio!

—¿El de la puñalaita?

—¡Sí!

—¿Dónde me escondo?

—¡Calla! ¡Ven, por aquí, pronto!

—Espera que coja la ropa. ¡¡Caaas-chis!... ¡Caray, te he constipado!

—¡No grites! Escóndete ahí mismo.

—¿En la cocina? ¡Cuánto frío hace!

—¡Chut!...

—¡Tan caliente como estaba ya!

—Esta es la vida —dijo Concha.

Y dejó á Pepe Antón lamentándose de su mala suerte y poniéndose la ropa. Miró sus bolsillos y no pudo contener un ¡ay!... Los billetes se le habían perdido... ¡No, no estaban!

Concha abrió la puerta y entró su amante, quien exclamó indignado:

—¡So golfa! ¿Quién estaba aquí?

—¡Nadie!...

—No me lo niegues. ¡Te mato!...

En aquel momento sacó un cuchillo descomunal y se dirigió para agredirle. Su pie tropezó con un objeto. Era una bufanda. No podía negarlo.

—¡Ah, ladrona! ¡Te mato, sí!... ¿Pero qué es esto? ¿Billetes? ¡Varios billetes de cien pesetas! —dijo recogiénolos del suelo.

—Son los de Pepe —murmuró Concha.

—¿Qué dices?

—¡Nada!

Y el bravo amante de Concha los contó detenidamente, se los metió con gran solemnidad en el bolsillo y luego exclamó, cambiando de acento.

—Perdóname Concha; es el cariño, son los celos, los malditos celos... ¿Pues no había dudao de ti?...

Y abriendo la puerta, agregó:

—Que pases buenas noches...

Y cerró tras sí con suavidad.

Enrique BOHORQUES

Leed en **EL LIBRO POPULAR**

Bajo el sol del desierto

novela completa por

ISAAC MUÑOZ

20 céntimos

Elogio de las pantorrillas

Para **DEMETRIO**

No hay nada más transcendental que unas pantorrillas de mujer, querido Demetrio.

Yo no sé si tú sabes este gran apotegma; pero como tu lápiz maravilloso las interpreta en toda su humana y refinada be-

¡QUÉ TENDRÁ QUE VER EL ABOGADO DEL MATRIMONIO CON LA DENTADURA!...



—¡San Antonio bendito, haz que no me duela este pícaro diente, porque no tengo mas consuelo que escarbarme con los dedos, y ya no tengo yemas!...

lleza, debes de dedicar á ellas algo más que el instinto.

Sobre unas piernas de mujeres sentáronse, sin duda, todas las escuelas filosóficas de la carne y Roma y Atenas ayer, Francia hoy, ¿no pueden representarse en unas piernas de mujer?

Grecia y Roma, son piernas desnudas, con gasas tenues al final de los muslos. Francia es piernas con medias transparentes y rica liga con broché de oro.



Sobre Roma, Grecia y Francia descansa todo lo bello que hemos hecho en esta vida idiota.

Venus Atrodita, un banquete de Tiberio coronado de rosas negras, un soneto de Aretino, ¿no lo es todo?

Napoleón. Este energúmeno francés, fué genio dos veces: genio en la guerra y



—¡Anda cómo juega mi hermana con su noviol
¡Y cómo la empuja él!... ¡Qué ganas tengo de que
me empuje un noviol!

genio en el placer. Hay quien afirma que también fué un genio de la cuadra. Yo no he investigar ese tercer extremo...

Ello es que Napoleón cuenta en sus *Memorias íntimas* que, aun en medio de sus grandes triunfos y de sus grandes derrotas, nunca olvidó las piernas primorosas de una aldeana artesiana, que violó una fría noche de Enero en su tienda de campaña.

Si el cerdo de Napoleón supo ver unas piernas y espiritualizarlas —siquiera fuera á lo cerdo— ¡figúrate tú, querido Demetrio, la transcendencia de las piernas!

Los que estas líneas lean buscando *menta literaria*, que conmueva sus sentidos, han de darme la razón.

Ni uno sólo habrá que no se haya sentido sacudido como por una descarga eléctrica en una ó en varias ocasiones, por unas pantorrillas...

Esos días de lluvia persistente y menuda que embarra el suelo y azota las caras, esos días pizarrosos, como de suicidio, las mujeres suelen caminar con más sensualidad en los contornos y en el ritmo ¿lo habéis notado?

Porque á más baja temperatura atmosférica, más alta tensión física... ¡Oh, esas mujeres septentrionales de sangre ardiente!

Esos días —repito— que las mujeres se recogen las faldas para evitar el barro é inquietar temperamentos, se ven por ahí grandes conflictos internos.

Sigue uno á una mujer esbelta, que luce sus piernas delgadas, de línea fácil, bellas... De pronto se cruza otra de piernas más esbeltas, más atrevidas... ¿A cuál se sigue?

Una aclaración. Las piernas han de estar para tener todo su encanto vestidas y con el misterio de las faldas.

Tú, Demetrio, has acertado muchas veces.

En Madrid hay piernas divinamente formadas, aún con la ausencia de Julia Fons la artista de «las bellas piernas».

Conozco á una muchacha que se llama Julia, cuyas pantorrillas son dignas de tu lapiz.

No digo donde vive, porque no quiero hacer el reclamo á una casa de placer.

Se apoyan sobre dos pies menudos, como dos rosas. Se alzan rectas y ondulantes en su perfecta armonía y tienen tal suprema expresión carnal, que ellas solas son el mérito de una vida...

Es tu obra, pues, querido Demetrio, de una magnífica transcendencia. España necesita dibujantes morbosos como tú, que azoten la carne con la sensación artística de la lujuria; porque aquí la sensualidad fué siempre —á fuerza de ser nuestra— cosa de gorrinos.

A un inglés, amigo mio, que tiene deseos de ver Madrid le decía en mi última carta. «En Madrid verá usted tres cosas interesantes: el Museo del Prado, la cara de Soriano y media docena de pantorrillas. Lo demás no merece la pena».

Y así es, Demetrio.

Ezequiel ENDÉRIZ

ABERRACION SENTIMENTAL

Con mi amor á ti me llego,
con mi amor, todo hecho carne,
gozadora,
rosa de los lodazales.

Ven, lobezna,
con tus penas y tus hambres;
desposada sin esposo
para todos siempre fácil,

siempre alegre,
siempre afable...

Tú una vez fuiste dichosa,
cuando amaste;

y ahora tienes triste el vino
y largas las soledades...

Pero ven á mí, lobezna,
y amor dame;

ven á mis tristes orgías,
impura novia adorable,
que poner quiero en tus sienes
contrahechos azahares

y he de acallar, con tus besos
de bacante,
las negras voces de odio
que hasta los labios me salen.

Ven, lobezna,
y amor dame...
tú, que á todo el mundo quieres,
tú, que no quieres á nadie...

J. PÉREZ RAMÍREZ



¡Qué lástima que no podamos salir así á la calle!
¡Cuántos escándalos se armarían! ¡Los que se armarían al verme!...

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

IMPOTENCIA

6 debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.

F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR,

Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.

El día 22 de Enero de 1914, á las doce de la noche, se celebrará en el Teatro de la Zarzuela el

Gran baile de "La Hoja de Parra,"

Las Compañías de ferrocarriles están asustadas y han preparado ya trenes especiales para traer á Madrid la mucha gente que piensa asistir al baile.

Sobre todo entre el elemento femenino hay verdadero entusiasmo. De Andalucía, de Aragón, de Levante, de Galicia, de Cataluña, afluirá el bello sexo y hay señoras que no piensan venir solas y se traerán catetas despampanantes.

El baile de LA HOJA DE PARRA dará mucho que hablar y levantará una gran polvareda seguramente.

En otro número publicaremos el programa de la fiesta.